CAPITULO SEXTO.

Segundo motivo de amor.

La belleza soberana de Jesucristo Nuestro Señor.

I. Lo que es la belleza.—II. Belleza corporal.—III. Belleza de la naturaleza vegetativa.—IV. Belleza del alma sensitiva.—V. Belleza del alma racional.—VI. Belleza natural del ángel.—VII. Belleza sobrenatural de los cuerpos gloriosos.—VIII. Belleza sobrenatural del alma que está en gracia.—IX. Belleza sobrenatural que hay en la gloria.—X. Belleza divina.

Puesto que queremos probar que Jesu-Cristo Nuestro Señor es infinitamente amable á causa de su belleza infinita, es necesario, para poner esta verdad en toda su claridad, explicar lo que se entiende por belleza, y cuántas especies de ella se distinguen:

I. Como la belleza corporal es la que nos es más conocida, los filosofos se han aplicado á darnos la definición de ella, y por esta definición nos han dado los medios de conocer la belleza en general. He aquí la definición que dan más ordinariamente: La belleza es una proporción de los miembros ó de las partes que componen un cuerpo, acompañada de un color suave y agradable. (1) Que es como si

1 Pulchritudo est membrorum, partiumne proportio. cum quadam suavitate coloris.

se dijera que un cuerpo, para ser bello, debe tener tres cosas: 1.° todas sus partes, sin que le falte una sola; 2.° una relacion justa de todas esas partes entre sí, una simetría guardada exactamente, en cuanto á su lugar y tamaño, de suerte que cada una esté en su lugar natural, y que no sea ni más pequeña ni más grande de lo necesario: 3.° es preciso, además de esto, un color vivo y suave, lleno de lustre y esplendor, que haga á este cuerpo agradable, y le dé no se qué de celeste, que hiere como con rayos de luz á los que lo ven, los arrebata en admiracion, y lo hace gustar el sentimiento de un placer verdadero. De esta definicion de la belleza corporal, se puede concluir facilmente que la belleza en general no es otra cosa que un justo arreglo y una proporcion de partes bien observadas, y de todo lo que es necesario á una cosa para hacerla perfecta en su especie. De aquí se sigue, lo que enseña S. Dionisio con esos mismos filosofos, (1) que la belleza no es diferente de la bondad, sino que son una misma cosa, y que no existe entre ellas otra diferencia más de la que el pensamiento les da. Así, una cosa es buena y absolutamente buena, cuando tiene todo cuanto pide su naturaleza, ó cuando es buena relativamente á otro objeto cualquiera; como por ejemplo, se dice: el calor es bueno para un hombre que tenga frío. Mas se dice que es bella y no buena, si esta misma cosa es considerada en sus relaciones con las facultades por las cuales conocemos los objetos, como el ojo, la imaginacion, el espíritu, y les procura algún placer y cierto contento. Así, las mismas per-

1 De divin, Nom. cap. IV.

fecciones pueden llamarse bondad y belleza. Se les llama bondad cuando se considera al objeto que las posee acabado en sí, ó útil á otro; se les llama belleza cuando se considera al objeto como agradable á los ojos del cuerpo ó del alma. Aun cuando la bondad y la belleza sean una misma cosa, sin embargo, como tratamos aquí del conocimiento relativamente al amor, y como la palabra belleza se emplea, cuando se trata de conocimiento, y tiene no se qué de más dulce y más poderoso para excitar el amor en el corazón, nos serviremos aquí de la palabra belleza más bien que de la de bondad.

Las especies diferentes de bellezas pueden reducirse á nueve, no considerando sino las que están en las substancias. (1)

II. La belleza menos estimable de todas es la corporal, sea la belleza de los cuerpos inanimados, como la del sol, de la luna y de las estrellas, ó de las piedras preciosas, de los diamantes, del oro, de la plata; sea de los cuerpos animados de una alma vegetativa, como el de las flores, las rosas, los lirios, etc., de los árboles, de las plantas; sea de los cuerpos animados de una alma sensitiva, como la de los pájaros, de los peces, de los animales; ó en fin, de aquellos que están animados de una alma racional, como la belleza de los cuerpos humanos.

Mas, aun cuando esta belleza sea la menos estimable de todas, es tan grande, tan excelente y tan admirable en muchos cuerpos, que los que la ven quedan por eso arrebatados y transportados.

1 Lessius, lib. 11, de summo Bono, cap XVI.

Sabemos, por una multitud de ejemplos pasados y aun diarios que la belleza que brilla sobre algunos rostros humanos hace frecuentemente impresiones repentinas, violentas y tan extrañas sobre los espíritus, que vuelve locos á los más sabios, empobrece á los más ricos, ablanda los corazones más duros, cautiva á los más independientes, y subyuga hasta los conquistadores y monarcas.

III. La segunda especie de belleza, es la belleza del alma vegetativa, que da la vida á las plantas, á las flores y á los árboles, y que es sin duda alguna incomparablemente más grande y más perfecta que la belleza puramente corporal; porque toda la belleza exterior que adorna esos cuerpos depende y dimana de la belleza interior, de los principios que la vivifican, y en los cuales está encerrada de una manera mucho más simple, más elevada, más perfecta y por consiguiente más agradable. En efecto, toda esa disposición que se nota en cada planta, tan bella en cada flor, en la rosa, el tulipan, etc., todas esas formas tan diferentes y tan agradables, esos colores, esos olores, esas proporciones, esas propiedades están encerradas de una manera mucho más admirable, aunque invisible y escondida, en el alma vegetativa de la flor, que es como su principio y origen Esta alma vegetativa saca de sí misma esas bellezas, esas perfecciones de figura de color y de olor, y las comunica al cuerpo exterior que ella anima.

IV. La belleza del alma sensitiva es todavía más grande que la del alma vegetativa, porque el alma sensitiva es inestimablemente más noble y más elevada en su género, que el alma vegetativa

en el suyo. Lo que se verá evidentemente por la diferencia de perfección que existe entre las operaciones de la una y las de la otra. Las operaciones del alma vegetativa son: vivir, crecer, producir su semejante; mientras que el alma sensitiva, además de las operaciones del alma vegetativa, que le son comunes con ella, y que ella encierra eminentemente como especie superior, tiene también la facultad de sentir, ver los colores, oír los sonidos, oler los olores, gustar, tocar, andar, imaginar, desear, amar, aborrecer, y en fin, excitar las pasiones, de las cuales se sirve para buscar lo que le es útil y huir lo que le es dañoso.

V. La belleza natural del alma racional excede en grandeza y perfección, y en un grado casi infinito, á toda belleza del alma sensitiva y negativa; porque, además de que ella posee cuanto ellas tienen de bueno y precioso, ella es, además, una substancia que no está sacada de las inmundicias de la materia por medio de la generación, sino que por medio de la creación, sale de las manos purísimas de Dios. Es una substancia del todo espiritual, inmortal, la imagen viviente de Dios, dotada de entendimiento y de razón, de voluntad y de libertad, y enriquecida de mil prerogativas señaladas.

VI. La belleza natural del ángel es sin duda más brillante y más excelente que la del alma racional; sin embargo, no se diferencía tanto de ella como la belleza del alma racional aventaja á la del alma sensitiva, porque son del mismo género, y que no difieren sino como de los más á lo menos; como, por ejemplo, una luz grande se diferencía de una pequeña, un planeta de una pequeña estrella,

un espejo bello y fino de Venecia, de uno de vidrio.

VII. La belleza sobrenatural, y primeramente la belleza sobrenatural de los cuerpos gloriosos. Es tan grande, tan augusta, tan llena de majestad, que la belleza natural de todos los cuerpos humanos que han existido desde el principio del mundo, y que existirán hasta el fin, no se aproxima al menor grado de su perfección, y ni aun puede compararseles, como una criatura fea y deforme no puede compararse á una Ester ó á una Judit; porque, además de la integridad de todos los miembros, proporcionados y arreglados con tanta exactitud, vivificados por su color el más propio y dispuesto de la manera más viva, la más dulce y la más delicada posible, serán todos luminosos como el sol, lo que hará su vista extraordinariamente agradable y sobre cuanto pudiera decirse. El sol es una criatura llena de tanto esplendor y belleza, que varias naciones lo han adorado como verdadero Dios, tanto poder tenía su belleza para encantar algunos espíritus. Esta belleza, sin embargo, no consiste sino en su luz; por lo demás, es un cuerpo simple, inanimado, insensible, el mismo en todas sus partes. Mas si Dios, por su omnipotencia, produjera en el cuerpo del sol una diversidad de miembros y partes bella y agradable, tal como en el rostro del cuerpo humano, y que estas partes, conservando á la vez esa grande y brillante luz con que Dios ha adornado tan magníficamente este bello astro, tuvieran la variedad de colores necesarios para formar un bellísimo rostro, y que se hiciera viva esta belleza admirable, el sol sería mucho más bello y tendría sin duda atrac-

tivos más poderosos. Y bien! tales serán, pero de una manera mucho más brillante y más bella, los cuerpos de los justos en el cielo, durante toda la eternidad; por esto se les llama cuerpos gloriosos, porque siempre estarán revestidos de gloria en su conjunto y en cada una de sus partes.

VIII. La belleza sobrenatural del alma que está en gracia aventaja en un grado casi infinito todas las bellezas naturales de los cuerpos y de las almas. Platón decía que si se pudiera ver con los ojos del cuerpo la belleza de una alma sabia y virtuosa, inflamaría de amor los corazones de todos los hombres. (1) Si una alma dotada solamente de virtudes morales y naturales (porque Platón no conocía otra) es tan bella y tan perfecta, ¿cuál es pues la belleza y la perfección de una alma enriquecida con la gracia, adornada de virtudes sobrenaturales, que, siendo de un orden mucho más elevado, tienen también mucho más brillo y esplendor? Por consiguiente, está absolutamente fuera de toda duda que el alma que está en gracia es lo más bello que hay y lo más agradable en todo cuanto hay aquí en la tierra, en el orden de las simples criaturas, y que ella sola contiene más bellezas y maravillas, que el universo entero en todas las cosas naturales.

Ella está enriquecida en la gracia habitual, que la hace admirablemente bella y graciosa, pues to que ella emana de una manera particular de la primera é infinita belleza, que es Dios. Por esto Santo Tomas llama á la gracia una participación

1 In Phedro.

de la naturaleza divina. (1) Este admirable estado ennoblece al alma de una manera tan realzada, que la hace hija de Dios Padre, esposa de Dios Hijo, templo del Espíritu Santo, gran reina, con derecho de gozar para siempre del reino del cielo y de la dichosa posesión de Dios. Por efecto de la gracia, el alma es adornada de todas las virtudes infusas, teologales y morales, de los dones del Espíritu Santo, que acompañan inseparablemente la gracia, como las damas de honor acompañan á su reina, y de otros mil dones exquisitos, que, como adornos preciosos y joyas inestimables, llenan el alma de una belleza tan exquisita y colmada de tantos encantos, que la naturaleza, con todos sus tesoros y todos sus esfuerzos jamás puede producir algo semejante. Mostrando un día Nuestro Señor á Santa Catalina de Sena (2) la belleza de una alma que estaba en gracia, aunque por otra parte muy imperfecta, la santa quedó por ello de tal manera admirada y arrebatada, que dijo que ningún lenguaje humano podía expresar tal perfección. Nosotros mismos podemos juzgar de esto por analogía, considerando lo que pasa á nuestra vista en la naturaleza: la experiencia nos muestra que una pequeña causa natural, el alma vegetativa, por ejemplo, da á la flor, verbigracia, á un tulipán, una diversidad tan agradable, una variedad tan grande, tal aterciopelado, una vivacidad de colores tan bella, que al ver á esta flor se detiene uno cerca de ella, y obliga la atención y la admiración á tal punto algunas veces, que muchas per-

1 1.ª 2.ª, Quæstio 110, art. 3, et alibi.
2 Raimundus, in ejus vitâ apud Surium. 29 April.

sonas se prendan de ella realmente. El alma sensitiva da al pavo esa belleza que admiramos en él, esa púrpura, ese azul, esos ojos como estrellas y todo ese bello y magnífico vestido de que está ricamente ataviado. Y para remontar al hombre, consideremos lo que el alma hace en él, lo que ella le da con su presencia, lo que le quita con su ausencia. Tomemos un cuerpo de una belleza perfecta, el cuerpo de una Ester en la flor de la edad, pero privado de su alma; en este estado ya no tiene nada de belleza, sino que es feo, horroroso, esparce un olor pestilencial: ved aquí lo que es un cuerpo sin el alma. Mas, para comprender lo que el alma es al cuerpo, supongamos que esta alma vuelve á entrar por voluntad de Dios, en ese cuerpo; ella volverá inmediatamente la vida á ese cuerpo tan deforme y horroroso, y con la vida el movimiento, su primer color, su agradabililidad; hará de él una obra maestra de belleza, una Ester. Si, pues, una causa puramente natural puede producir efectos tan prodigiosos en un cuerpo, podemos juzgar fácilmente lo que hará en una alma una causa sobrenatural y divina, tal cual la gracia, que es mucho más noble y más poderosa que la naturaleza y que maravillosos efectos producirá allí. Mas si la gracia ennoblece al alma de una manera tan relevante, y la adorna de una belleza tan admirable, la gloria, que es la gracia consumada y acabada en todo, lo hará mucho más, como lo vamos á ver.

IX. La belleza sobrenatural del alma que está en la gloria, es, después de la belleza divina, seguramente la más grande y la más perfecta de todas, porque, entre las puras criaturas, no hay alguna más semejante á Dios que el alma bienaventurada, y es aún probable que no pueda haberla ahí; porque si algún espíritu pudiera concebir, si aun la sabiduría infinita de Dios pudiera inventar, y su omnipotencia producir un medio más eficaz y más propio para participar de las perfecciones de la divinidad, de su belleza, de su bondad, de sus riquezas, y hacer á una pura criatura más divina, si puedo hablar así, es cierto que la beatitud del alma no consistiría para nada en la visión y en el amor de Dios, como lo enseñan los doctores, sino en este nuevo medio, porque la última felicidad del alma no es ni puede ser otra que la participación más sublime, y la posesión más perfecta de la divinidad de que el alma pueda ser capaz. Siendo, pues, el alma bienaventurada tan semejante á Dios, que una pura criatura no puede serlo más, se sigue de aquí, que su belleza es incomprensible á nuestros espíritus, inaccesible á todas las lenguas, y que ella brilla, como una divinidad, con un esplendor, una majestad y una perfección casi infinitas.

X. La belleza más elevada de todas es la belleza divina, que es la belleza soberana é infinita, en comparación de la cual todas las bellezas naturales y sobrenaturales de los cuerpos de las almas y de los espíritus no son sino como centellitas, y pierden su brillo. Los filósofos paganos, alumbrados con las solas luces de la razón, han sentido esta verdad; Platón, entre otros, y Sócrates, dicen que la Virgen más bella, comparada á Dios, es fea y tiene tan poca gracia como un vaso de barro junto á ella. (1) Heráclito decía que el hombre más sa-

1 Plato in Hippia majore.

bio y más perfecto de todos, comparado á Dios, no era sino una sombra en sabiduría en belleza y en perfecciones. El mismo Platón enseña en muchos lugares que solamente Dios es propiamente bello, porque es bello por sí mismo, es bello siempre, y es bello en todo y por todo. (1) Hablando San Dionisio de la belleza de Dios, (2) dice estas bellas palabras: 'Esta bella y graciosa belleza es el origen de la belleza, de el agrado, de la amabilidad, de todas las cosas, haciendo brillar sobre cada una de ellas, según su alcance, el brillo de su esplendor, que le da lo gracioso que tiene. Dios es llamado bello, porque llama y atrae á sí todas las cosas para hacerlas participantes de su belleza, y perfectas en su naturaleza; El es llamado bello como bello en su todo, eminentemente bello, siempre bello de la misma manera, bello que no puede ni nacer, ni morir, ni crecer, ni decrecer; no bello en una parte é imperfecto en otra, bello una vez y no en otro momento, bello en un lugar y no en otros, bello á los ojos de unos é imperfecto á los de otros, sino siempre bello en sí mismo y por sí mismo, de una manera invariable y constante, como aquel que, antes que todos, tiene en sí mismo, de una manera soberanamente perfecta, la belleza primera, origen de todas las bellezas." Estas palabras de San Dionisio encierran cinco perfecciones admirables de la belleza de Dios, que solamente en El se encuentran: 1.° Dios es bello en su propia esencia y por sí mismo, y no por otro, y por consiguiente es esencialmente la belleza misma; 2.° es

1 In Phædro, in Hippia majore, in symposio.
2 S. Dyonis. de div. nomín cap. IV.

bello con una belleza inmutable que jamás puede perderse ó marchitarse aun que sea poco, sino que es completa, y en todo lo que hace, y siempre del mismo modo; 3º El es la causa y el origen de las bellezas de todas las cosas espirituales y corporales que hay en el universo; 4º es bello de una manera infinita y sin límites; acopia y reune en sí todos los grados de belleza que están esparcidos entre las criaturas, y los contiene todos de una manera infinitamente más noble y más sublime como no pueden encontrarse en las más perfectas de entre ellas; 5.° es El el fin y al mismo tiempo el modelo de todas las cosas bellas, que llama y atrae á sí para hacer brillar sobre ellas los rayos de su belleza, y por estos rayos, embellecerlas y perfeccionarlas.